

en el hombre, de la indiferenciación social”.

Frente a esa inanimación (dimensión individual), esa forma de vida desanimante (dimensión institucional), esa inhibición (dimensión dinámica), puestos en función terapéutica, los experimentadores buscaron: 1º el entrenamiento para la empatía (que Maucorps ha estudiado en tantos libros), definiéndola como empeño de participación; 2º la “apetoterapia” (filiada en Sivadon), y 3º la medida biológica de los grados de inhibición y desinhibición del sujeto.

Si “vacío social” es concepto clave de este libro, no lo es menos “apetoterapia”, el concepto de que, para combatir el vacío social, se necesita que “una opresión social sufrida en silencio sea redramatizada por las víctimas” No se trata sólo de librar de la ociosidad a los enfermos —como se hacía antes—, se trata de que la acción parta de ellos, y se convierta, en cierto modo, en una *reivindicación* de sus derechos *como seres humanos* más que como entidades políticas o sujetos jurídicos (*su derecho a la convivencia*, derecho primario entre todos los demás). El enfermo sufre, no sabe que sufre, y acaba por olvidarlo, pero la socioterapia libera la revuelta *al evocar una frustración sufrida y olvidada*. La apetoterapia —como señala Sivadon— “busca despertar la agresividad dormida” Con ello, quizás se justifique a quienes piensan que en muchas sociedades el gran problema no está en “amansar” a los agresivos que canalizan mal su agresividad, sino en “despertar al toro de lidia y al semental en quienes ya se conforman con ser simples tirones de arado”, conforme a expresiones que evocan ideas de Ortega y Gasset, quien decía que la Humanidad quizás necesitara más que un código nuevo de deberes, un nuevo programa de *apetitos*.

Volvemos a Roger Bastide, y a estas

palabras suyas —tan próximas del “para nacer es menester romper un mundo”, de Hesse—, con las que describe bien esta forma de acrisolamiento social:

“Es necesario pasar por los fantasmas de una sociedad destructora y despedazadora para poder volver a encontrar a los otros bajo la forma de *alter ego*; hay que experimentar sus fuerzas en la lucha para aceptar la comunicación con el mundo.”

Sólo nos queda desear que, en un ulterior intento, Courchet, Maucorps y sus colaboradores encuentren no sólo el método adecuado de investigación sino el modo más preciso y elegante de exponer un proceso indagatorio tan complejo y delicado como éste (en el que intervienen la definición, la argumentación, la prueba experimental, la crítica...), a fin de que logremos aproximarnos, con ellos, al conocimiento de esta angustiada “nada sociológica” —tan difícil de estudiar científicamente— que es el vacío social. (U-V).

Bryan Magee: *One in Twenty*. A study of homosexuality in men and women. Secker & Warburg. London 1966, pp. 192. 1a. Impresión: Marzo; 2a., abril.

Magee no trata de pasar —en este libro— por un hombre de ciencia: afirma, desde el principio, “I am a reporter” y agrega “not a research worker” Pero, si no por el rigor técnico que se exige del investigador, sí por la orientación general que le llevó a recoger ciertos materiales, se aproxima más a quien investiga que a quien escribe gacetillas. Esto no impide que, aunque trate de pasar por objetivo —pues de él se dice que sólo narra, describe, ilustra— en el fondo, su mero anhelo iluminador le lleve, a veces, más allá de la objetividad escueta, y convierta su libro en un alegato. Es

un alegato mesurado, urbano, pero alegato al fin, en favor de los homosexuales, más que de la homosexualidad, si hemos de ser justos. Aunque sin conocer de cerca sus otros libros, la caracterización de Magee puede perfilarse al mencionar los títulos de éstos: “Vivir en Peligro”, “El Nuevo Radicalismo”, “La Revolución Democrática”, “Hacia 2,000”.

Para el sociólogo, el “problema” aquí tratado interesa desde dos ángulos por lo menos: 1º desde el sociopatológico (a comenzar con la determinación de si es trastorno social profundo, de si es simple problema o si es puro síntoma de una problemática social más honda) y, 2º desde el de la sociología de los grupos minoritarios (aspecto en el que incide, casi con descuido del anterior, Magee).

Pero, ese interés *sustantivo* es el que se despierta en el sociólogo que piensa realizar una —parecida— investigación futura; su interés frente a una pieza bibliográfica ya hecha, acabada, como ésta, tiene también algo de lo que ya apuntábamos, algo *adjetivo*: la inquietud metodológica por observar cómo se hizo y cómo pudo hacerse, y la que se tiene frente a un producto que —como casi todos los primeros frutos sociológicos— se ve fuertemente afectado por una ideología (en el caso, favorable al homosexualismo).

Como Rose Giallombardo en su *Society of Women*, Magee señala que se tienen pocas visiones de conjunto, de base científica, sobre el tema: hay, en efecto, sensacionalismo y pornografía, por una parte; estudios técnicos fragmentarios (de diversos especialistas), por otra. Hay —si hemos de verlo desde nuestro rincón— recuentos y elaboraciones basadas en *encuestas*, realizadas por investigadores sociales; pero no existe una *visión* conjunta, propiamente *sociológica* del problema. Y seguimos creyendo que el paradigma para estos estudios puede proporcio-

narlo *El Suicidio*, de Durkheim, tan desaprovechado.

La técnica de Magee consistió en impregnarse del problema, después de que un amigo, al confesarle su homosexualidad, despertó su interés y su simpatía. Recorrió, para ello, caminos por nosotros conocidos; metodologías que no siempre seguimos a conciencia: reunió libros, habló con expertos, trató con los afectados... Dio por sabida, con todo, una parte de la situación —y una que el investigador social que emprenda una tarea semejante no deberá olvidar— porque no exploró suficientemente las actitudes de diversos grupos sociales hacia la homosexualidad en general; hacia los homosexuales concretos, en particular.

Como que la actitud social no es de simple rechazo, ya que se matiza de odio, desprecio, indiferencia, aceptación, simpatía, e incluso estímulo, ... y esta matización de la actitud es importante, si se ha de tener una idea clara y total. Como que —por otra parte— en éste, como en otros casos parecidos (el del artista comprometido políticamente), se dice: “en Fulano, eso es disculpable, ya triunfó y es un escritor reconocido, pero en Mengano —un mecanógrafo, por ejemplo— eso es inadmisibles”.

En efecto, no se puede colocar una conducta social bajo la campana neumática y considerar que la evaluación social será unívoca frente a ella; que será independiente del sujeto concreto de dicha conducta. La evaluación es —en efecto— una resultante de múltiples evaluaciones parciales, frente a una conducta concreta, de un individuo concreto, hechas por evaluadores determinados. De este modo, sólo por una sociológica “composición de fuerzas” (y no por una pura inducción sociomatemática), se puede saber cuál será la resultante final de todo el sistema, y cuáles las resultantes parciales

para ciertos grupos. Si la condenación de conductas como las descritas por Magge fuese unívoca y universal, ya se hubieran eliminado éstas o estarían en proceso de reducirse asintóticamente.

Pero, Magee sí acertó en cuanto a derivar de su información bibliográfica y de sus contactos unas cuantas hipótesis ("generalizaciones por probar" las llama él). Las obtuvo a pesar de la dificultad consistente en que "cada especialista parecía hablar de cosas diferentes, aun hablando de la misma". Y es que— sin saberlo o a sabiendas— hizo ese papel de traductor, de mediador, de coordinador interdisciplinario; ese papel que es tan importante llenar, y que casi siempre queda vacante en nuestra época. Y aunque él mismo ni se haya percatado de ello ni lo buscara, llamó la atención del investigador hacia dificultades de técnica social y socioestadística al escribir:

"Todo lo que tenga que ver con la vida y el sentimiento individuales, a niveles tan profundos como éste, es inagotable... porque cada individuo es único. Con todo, después de un determinado punto... se gira y se gira y se gira en torno de los mismos puntos, los mismos vislumbres, las mismas generalizaciones, las mismas quejas, las mismas ilusiones y autodecepciones, una y otra vez".

A quienes piensen con superficialidad y pedantería, el comentario les vendrá fácilmente a la lengua: "basta con tomar muestras representativas de tanto más cuanto por ciento para obtener, con márgenes amplísimos de seguridad, casi tanta información como la que se obtendría de examinar a la población toda". La respuesta no nos parece tan fácil. En cuanto se trata de manifestaciones tan poco conocidas, en las que a veces no está determinado sino un burdo "campo de oscilación", la determinación del *dónde detenerse* es arriesgada: en el apresuramiento, pueden quedar fue-

ra una octava, o un cuarto, o una mitad, o las tres cuartas partes *significativas* del fenómeno, las que —de no estudiarse— harán que todo el resto carezca de importancia, de validez, de significación.

Creemos —por eso— que, en el caso de fenómenos tan poco y tan mal conocidos como éste, es preferible correr el riesgo de gastar más de lo debido —por cubrir más casos de los estrictamente indispensables— que dejar descubierta una porción del campo —por un desubicado prurito de ahorro.

Pero, hay más motivos de reflexión en esto, pues esa repetición de temas a que alude el autor, ¿no se deberá a que se ha establecido un cierto consenso en el grupo, dentro del que muchas reacciones son ya estereotípicas? Porque no debe olvidarse que Magee trató casi sólo con homosexuales ingleses, holandeses... Quizá con originarios u habitantes de Europa (esto no lo precisa), y que casi siempre se conectó con ellos a través de las presentaciones que hicieron otros homosexuales. O sea, que, en este sentido, se movió *sólo* dentro de una red de relaciones y descuido —muy probablemente— otras redes y —casi seguramente— lo que un sociograma detectaríamos como "camarillas homosexuales cerradas", diadas homosexuales, islotes homosexuales (homosexuales aislados que tienen contactos superficiales y no reiterados, que no se mueven en la "gran sociedad" homosexual, y que comparten apenas opiniones, actitudes y motivaciones con los otros homosexuales del pueblo o de la ciudad). Esto, entre otras cosas, también le hace correr el riesgo de descubrir *sólo lo cristalizado* que encubre lo realmente vital y actuante; así, la "seducción" alegada como causa de prostitución por las hetairas mexicanas a quienes estudió Gómez Robleda resultó insostenible cuando el investigador se aproximó más y profundizó sus sondeos.

Ese “detenerse en el punto de saturación” conlleva peligro, porque la saturación depende tanto del poder saturante del fenómeno que se investiga como de la capacidad de saturarse del investigador. La última puede ser corta, y si eso ocurre, el límite se alcanzará antes de lo conveniente. Esto sucederá —particularmente— cuando, como en el caso de Magee, “muchos meses de investigación” casi continua, se hacen llegar a resultados, sin dejar que las observaciones sedimenten previamente. Contra el peligro, podría ser útil que los periodos de contacto del investigador con la realidad investigada alternasen con los de separación entre ellos.

Pero, en otras direcciones, la actitud del autor es adecuada. Hay en él algo del impulso experimentador, y éste se manifiesta en dos sentidos: en el de su estudio del homosexualismo holandés frente al inglés (conectados, con todo), y en el del lesbianismo frente al homosexualismo masculino. De estos, el primero fue de búsqueda; el segundo, de hallazgo.

Conforme dice en el libro: “se ha alegado mucho que el problema más serio de los homosexuales masculinos en Gran Bretaña se debe a la ley. . . por lo que hice una visita a un país en que la homosexualidad, entre varones adultos que la admiten, *no* es contra la ley”; visita tras la cual sólo descubrió el autor que un cambio legal modificaría poco dicha situación.

Por otra parte, al estudiar a las lesbianas, esperaba oír la misma historia con una sustitución de “ella por él”, con lo cual asomaba ya el peligro de la “saturación inoportuna del investigador”, en la que en este caso Magee no cayó. Al evitar el riesgo y estudiarlas separadamente en vez de aplicarles las conclusiones obtenidas para los varones homosexuales, llegó a resultados análogos a los de Giallombardo sobre las prisiones de mujeres, ya que la

comparación reveló, en ambos casos, más contrastes que semejanzas. Con la diferencia de que Giallombardo intentó una imputación causal que interesó mucho menos a Magee.

Si no nos queremos quedar en unas puras reflexiones metodológicas, diremos que este libro (discutible en algunos fundamentos, valioso en su empeño de disipar una cortina de humo dañina para todos), llega a conclusiones como las siguientes:

Los homosexuales no nacen sino se hacen; la homosexualidad es potencia de todo ser humano, que se actualiza cuando se impide la satisfacción normal de la ternura, el afecto, la sexualidad; puede ser temporal; puede coexistir con otras formas de conducta sexual (con lo que se forma un continuo hetero-homosexual), y puede fijarse caracterológicamente en algunos individuos (uno en veinte, como dice el título).

Para el psicólogo y el sociólogo resultan interesantes: los experimentos con monos, que privados tempranamente de un ambiente heterosexual adecuado, desarrollan cuando adultos —incluso en ese ambiente— conducta homosexual; el condicionamiento emocional del hijo para la homosexualidad, producto de la presencia de un padre homosexual; la observación atinada de que si no todos los hijos de una familia son homosexuales es porque cada uno llega a la escena doméstica cuando los padres tienen diferente edad y desarrollo, y el que las estadísticas muestran que existe una proporción anormalmente alta de hijos menores, únicos e ilegítimos, entre los homosexuales.

Para el terapeuta social, lo que importa es determinar si existe o no “curación” (para lo que aún no se sabe si es “enfermedad” o “síntoma morboso”). Para Magee —que acepta que la homosexualidad es una neurosis— la solución consiste: 1º en hacer que el

homosexual sepa vivir con su homosexualismo, y 2º en que la sociedad abandone la idea de extirpar esa condición, la acepte y viva con ella.

La solución es simplista y difícil de poner en práctica. El camino tal vez no sea ese. A quienes nos interesa el problema de la soledad —como negativo fotográfico del de la sociabilidad, de la solidaridad— nos resulta más estimulante la afirmación de que muchos homosexuales no cambian porque no quieren, y que no quieren porque querer sería prescindir del abrigo —incluso precario— de la compañía que el mundo homosexual les brinda (frente al desamparo de soledad que les ofreció el mundo no homosexual). Esto implicaría que si *los que ya son* es difícil que dejen de ser, si se evitan las condiciones que les hicieron aparecer se evitará que *quienes todavía no son* (existan ya o estén por nacer), lleguen a ser. Implicaría que —contra el decir de Magee— la proporción de uno en veinte no es algo que haya de producirse fatal y permanentemente.

Sería interesante explorar —en este sector— hasta qué punto el carácter minoritario y quasi-secreto del homosexualismo le ha librado en parte de la inautenticidad ambiente, al tiempo que ha hecho a sus practicantes frecuentes víctimas de explotaciones, y hasta qué grado —con su masificación creciente, de realidad o de apariencia— esa autenticidad está a punto de perderse, dejando a quienes en él buscaron refugio, en un desamparo mayor aún. Sería importante estudiar —también— qué función desempeñaba el homosexualismo antiguo y cuál desempeña el de hoy, y en qué medida han sido o son solución y síntoma de un mal mayor: la desocialización. En qué medida —diríamos también, en la contrapartida— es “de los males el menor”, en cuanto lucha por mantener, a toda costa, una comunicación humana así sea ésta precaria o proscrita.

Porque, si eso es cierto, tendrá razón Magee al pedir que ni los individuos ni la sociedad se fijen *demasiado* en algo que es porción minoritaria de una personalidad (en su conducta sexual); tendremos razón en reclamar nosotros —como interesados en los problemas de la desocialización y la deshumanización— que se atienda primordialmente a la moralidad social, ya que si ésta se establece firmemente, la moralidad *sexual* se nos dará por añadidura.

Y “moralidad social” implica: ausencia de explotación; búsqueda y logro de comunicación y cooperación; reconocimiento del valor intrínseco de todos y cada uno de los seres humanos, de sus necesidades corporales y espirituales; empeño decidido de satisfacerlas.

Oscar Uribe Villegas.

J. Kľofac y P. Machonin: “Czechoslovak Sociology Today”. *Czechoslovak Sociological Society Bulletin*, 1966, p. 16.

La séptima década ha visto en Checoslovaquia una intensificación del interés por la sociología, que contrasta con el desinterés de la sexta década, en que la disciplina se estancó; en que se divorciaron la teoría y la investigación empírica; en que —negándosele autonomía— se subsumió a la sociología en una filosofía de la historia de base materialista; en que —absorbida por las deducciones— la ciencia social checoslovaca descuidó la recolección de datos empíricos, su elaboración estadístico-matemática, su utilización inductiva. Los estudios sociales concretos en esa década, quedaron en manos de especialistas de otros campos, no en las de los sociólogos.

Hacia 1956, despertó en Checoslovaquia el interés por descubrir las relaciones entre el materialismo histórico y la sociología, la sociología y sus